

HISTORIA DEL PENSAMIENTO ECONÓMICO

UNIDAD

DIDÁCTICA

5

SOCIALISTAS

UTÓPICOS, KARL MARX

Y LOS HISTORICISTAS



ÍNDICE

♦ OBJETIVOS	2
♦ INTRODUCCIÓN	3
5.1. Los socialistas utópicos	¡Error! Marcador no definido.
5.1.1. La utopía como propuesta institucional	
5.1.2. Los socialistas utópicos	
5.1.3. El conde de Saint Simon (1760-1825) .	¡Error! Marcador no definido.
5.1.4. Charles Fourier (1772-1837).....	¡Error! Marcador no definido.
5.1.5. Robert Owen (1771-1858)	
5.1.6. Epígonos de los socialistas utópicos.....	
5.2. Marx y sus discípulos	¡Error! Marcador no definido.
5.2.1. Precedentes de Marx	
5.2.1.1. Simonde de Sismondi (1773-1842)	
5.2.1.2. Los anarquistas: Proudhon, Bakunin y Kropotkin	
5.2.2. Karl Marx	
5.2.2.1. Primeros escritos filosóficos: alienación e historia	
5.2.2.2. Segundos escritos: crítica a la economía política	
5.2.2.3. Últimos escritos: economía y valor trabajo	
5.2.3. Los continuadores de Marx	
5.3. Los historicistas	¡Error! Marcador no definido.
5.3.1. División del historicismo	
5.3.2. La escuela histórica alemana	
5.3.2.1. Friedrich List (1789-1846)	
5.3.2.2. Wilhelm Roscher (1817-1894)	
5.3.2.3. Gustav Schmoller (1838-1917)	
5.3.3. La escuela histórica inglesa y los institucionalistas	
♦ RESUMEN	37
♦ REFERENCIAS	37

◆ OBJETIVOS

- Comprender las críticas a la economía política clásica propuestas durante el siglo XIX.
- Plantear teorías alternativas al individualismo filosófico y metodológico; en estas teorías, el mundo no es la suma atomística de intereses, si no que existe una realidad intermedia que el hombre recibe y sobre la que actúa.
- Dar alternativas al trabajo asalariado como forma de superar los problemas que crea la escisión capital-trabajo.
- Estudiar las teorías que insertan al hombre en el tiempo histórico, dan un sentido a la historia y enmarcan al hombre concreto en el devenir y sentir histórico.
- Diferenciar distintos tipos de escuelas de pensamiento económico fuera de la ortodoxia.
- Enmarcar los primeros debates de las Internacionales Socialistas.

◆ INTRODUCCIÓN

En el Renacimiento nace la idea de progreso. Y esta idea tiene un claro vínculo con la de **utopía** o perfección, dado que no podemos saber si un cambio constituye progreso si no tenemos un ideal con el que juzgarlo. Así, el pensamiento humanista cristiano del Renacimiento intentaba, a través de las utopías, superar las concepciones pesimistas del tiempo que le precedían, tanto el tiempo cíclico de los griegos como el sello innato del pecado original. También luchaba contra filosofías contemporáneas, como la del mal menor de Maquiavelo. Para el *Príncipe* de Maquiavelo era inútil rebelarse contra las leyes de la política, de manera que la **necesidad** nos aconseja liberar a la política del Bien o Mal moral. Pero la “Utopía” de **Tomás Moro** (1517) aunque como dice Quevedo en la traducción de la obra, significa “no hay tal lugar”, no implica que no puede haberlo: “Yo me persuado de que Moro fabricó aquella política contra la tiranía de Inglaterra y por eso hizo isla su idea”. Moro, en vez de plantear dogmáticamente cómo debe transformarse la sociedad, soñó despierto una utopía institucional, una sociedad sencilla en la que el hombre, en vez de la mezquina ambición de buscar su propia salvación, ambicionara hacer realidad que el Todo es más que la suma de las partes. Su utopía presenta ribetes escolásticos y pre-mercantilistas pero es una crítica a la “crematística” de su tiempo. Como decía Aristóteles, la distinción entre valor de uso y valor de cambio produce intercambios “no naturales”. Sin embargo, rigiéndose por los principios de la justicia conmutativa, en Utopía las gentes se dan cuenta de que el oro es inútil y no lo valoran demasiado; los niños, incluso, juegan con los diamantes, igual que pudieran contemplar una estrella o el propio sol. Como para Platón, para Moro el problema de la justicia distributiva se resuelve disolviendo la propiedad privada y haciendo que no se mida todo por dinero. Moro propone una comunidad de bienes en que no haya dominio y hasta las casas se cambien por sorteo cada 10 años.

En fin, a partir de la Utopía de Moro, surgieron otras nuevas utopías. Así, **Tommaso Campanella** en “La imaginaria Ciudad del Sol” plantea una utopía basada en la razón de Estado sita en la isla de Taprobana, una comunidad de bienes en que incluso se organizara la procreación humana. Es una primera idea de organización científica de la humanidad y del trabajo, que llevaría a nuevos ensayistas a crear renovadas “distopías” o “cacotopías” (así las llamaban Bentham y John Stuart Mill). Por ejemplo, **Francis Bacon** creó un reino imaginario tecnócrata bajo el gobierno de la aristocracia en La Nueva Atlántida.

La idea de progreso está también muy relacionada con la visión de la **historia** como un proceso acumulativo. La idea de los **estadios** progresivos, de hecho, hunde sus raíces en la antigüedad clásica y aparece en muchas obras de filosofía política; también es típica del periodo de la Ilustración, tanto francesa como escocesa. Así, Adam Smith en sus *Lecciones de Jurisprudencia* describió la historia en forma de estadios vinculados a los derechos de propiedad. La evolución social, pues, se dividía para Smith en cuatro etapas: 1. Cazadora; 2. Pastoril; 3, Agrícola; y 4 Comercial.

Así pues, este capítulo se propone estudiar la idea de progreso y utopía desde la perspectiva de las distintas escuelas económicas del siglo XIX, así como sus propuestas para dar sentido al devenir histórico. Estas escuelas se presentan como una crítica a la economía clásica que hemos estudiado en el capítulo anterior y también son un camino de transición hacia la economía marginalista del capítulo siguiente. Así pues, veremos primero las utopías del siglo XIX, especialmente el socialismo utópico, para a continuación a estudiar las propuestas del socialismo científico, de Marx y sus discípulos. Finalizaremos revisando la alternativa metodológica de los historicistas que nos dará el lazo de conexión con el siguiente capítulo a través de la *methodenstreit*. Esta es la “batalla de los métodos” que el historicismo alemán, encabezado por Schmoller, libró contra los marginalistas de la escuela austríaca, en particular, Karl Menger. Los siguientes capítulos, especialmente los de los marginalistas, la escuela de Cambridge, John Maynard Keynes y los desarrollos recientes, nos permitirán sacar conclusiones sobre si esta batalla se resolvió en forma de vencedores y vencidos, o si, en ocasiones, la fascinación por el árbol no nos ha dejado ver el bosque.

5.1. LOS SOCIALISTAS UTÓPICOS

5.1.1. LA UTOPIA COMO PROPUESTA INSTITUCIONAL

Los anhelos de utopía no se agotaron en el Renacimiento. De hecho, los siglos XVIII y XIX están llenos de ambiciones utópicas. En particular, el ocaso del siglo XVIII despierta utopías basadas en la nueva filosofía del **utilitarismo** que muchos veían como una rehabilitación del hombre concreto en busca de una vida feliz. El utilitarismo de **Jeremy Bentham** (1748-1832) reduce el mundo social a dos principios: el principio de asociación de ideas; y la idea de la máxima felicidad entendida como la búsqueda de placer y huida del dolor. Los hombres están de acuerdo en el fin, pero las conexiones de las asociaciones difieren entre ellos. Dada la “psicología científica” de **James Mill** (1773-1836) que define los placeres como una colección de elementos simples previsibles y reproducibles, el poder puede hacer una identificación artificial de intereses y reformar las instituciones sociales para llegar a un mundo perfecto a través de la **pedagogía**. Resurge, pues, el concepto de **institución** como elemento transformador que genera una estructura de incentivos socialmente “deseable”. Siguiendo esta teoría educacionista, **William Godwin** (1756-1836) planteó una nueva utopía. El legislador es un pedagogo que usa las penas y castigos para que el hombre ame lo justo. Aunque el motivo es siempre placentero, deben eliminarse los motivos egoístas a través de esa pedagogía que, a diferencia de la educación que se restringe a la infancia, es la elaboración de instituciones que influyan en la instrucción a lo largo de la vida adaptando al hombre a la inteligencia racional y permitiendo su emancipación intelectual. Según Godwin las instituciones actuales militan contra la perfección y la felicidad humana y son instrumentos de poder. Godwin critica especialmente las instituciones de la propiedad, que debe eliminarse, y el matrimonio, que debe sustituirse por un sistema de libres y flexibles uniones. La única objeción a su propuesta, reconoce, es el principio de la población. Pero Godwin lo minimiza diciendo que podían pasar siglos hasta que el globo estuviera lleno y cuando llegase ese momento, los hombres, cuyo pensamiento habría establecido el imperio sobre el cuerpo cesarían de multiplicarse, liberados de la necesidad. El final utópico de esa forma de gobierno es, de hecho, la supresión del Estado, una situación en que la riqueza satisfará los deseos simples y dejará tiempo libre para las mejoras morales e intelectuales.

También el **Marqués de Condorcet** elabora una utopía en que, gracias al desarrollo de los métodos anticonceptivos y de los avances técnicos, el principio de la población se sometería a un control racional. Condorcet

subraya el carácter acumulativo y progresivo del cambio social e institucional y plantea la **inevitabilidad del progreso** menos por causas morales que desde una visión histórica de **acumulación** de conocimientos y posibilidad de comunicación. Como los economistas, no propone la abolición de la propiedad privada, pero plantea la existencia de diez períodos de civilización que podrían preverse, dirigirse y acelerarse. Según él, las instituciones no son expresión espontánea de las necesidades o ideales una sociedad, sino obstáculos al libre juego de la razón, una máquina deliberadamente construida para oprimir a las masas y mantenerlas encadenadas. Las consecuencias de la Revolución Francesa le hicieron recapacitar sobre la posibilidad de que la razón por sí sola pudiera producir la perfección social. El problema, decía, era que el desarrollo social es más desigual que el del conocimiento. El retraso del desarrollo social se debe a que la historia, hasta su época, había sido la historia de los individuos, no de las masas; y el bienestar de la sociedad se había sacrificado a los de pocas personas. Así, anticipa dos temas del siglo XIX: la idea de **leyes naturales de desarrollo histórico**; y la **visión colectivista de la historia** como estudio de las masas.

Thomas Robert Malthus recuperó estas ideas en su *Ensayo sobre el principio de la población y de cómo afecta al futuro progreso de la sociedad con algunas consideraciones de las teorías de Godwin, Condorcet y otros*. Precisamente, este clérigo quería rebatir a los utópicos insistiendo, como Maquiavelo, en el principio de la necesidad. Así, dirá que no son las instituciones humanas, sino la tacañería de la naturaleza, la base de la desigualdad y del principio de la población: es el instinto de multiplicarse lo que impide el progreso, unido a los rendimientos decrecientes. Además, si hubiera igualdad, no habría demanda de trabajo, y si el ocioso tuviera asegurado el sustento, no habría tendencia a esforzarse estimulándose, de nuevo, el “realista” crecimiento de la población. Así, para Malthus, el pobre debe dar gracias al rico por poder vivir de sus ahorros, y el principio de la población no es tan malo después de todo. Nos saca del “abismo de la perfectibilidad” y excita al hombre a la acción agudizando sus facultades y rompiendo la inercia del hombre común. A partir de la teoría de Malthus, de hecho, se llamó a esta economía tan pesimista la “ciencia lúgubre”, un pesimismo del que algunas voces conservadoras, como la del historiador Thomas Carlyle, buscan una salida heroica, despreciando la economía frente a la literatura, la “ciencia alegre”, y proclamando la importancia en la historia del héroe frente a esa “masa perezosa”. Al tiempo, Carlyle hablaba del capitalismo como una “esclavitud benévola” de la masa ingobernable y ofrecía explicaciones raciales al desempleo.

5.1.2. LOS SOCIALISTAS UTÓPICOS

Los mayores costes de los cambios sociales que se produjeron tras la Revolución Francesa, la Declaración de Independencia de los EEUU de 1776 y la introducción del industrialismo, los soportaron la clase trabajadora. Por ello, las utopías postrevolucionarias denuncian como opresora la estructura económica de la revolución industrial e insisten en que la declaración de los derechos del hombre no resuelve aquello que anticipara Rousseau de la necesidad de lograr la Voluntad General como encarnación de las voluntades particulares pero no como suma de ellas.

Así, los **socialistas utópicos** constituyen una crítica a la forma en que se estaba produciendo la revolución industrial. Los socialistas utópicos consideraban el capitalismo irracional e injusto y repudiaban el laissez-faire de los clásicos. Sin embargo, eran optimistas con respecto a la perfectibilidad del hombre y del orden social. Pretendían sustituir la competencia por un sistema de cooperación y control democrático de la economía y reorganizar radicalmente la sociedad en base a la ciencia. Por tanto, igual que los utópicos del renacimiento, los socialistas utópicos intentaban liberar a la política – y a la economía - de la necesidad. De hecho, el apelativo de “Socialismo utópico” fue utilizado primero por Marx y Engels en el Manifiesto comunista, y Marx les critica precisamente porque él insistió en reivindicar el reino de la necesidad de Maquiavelo. Para Marx, los utópicos no consideraban el **socialismo como una necesidad histórica**, ni fruto de la experiencia, con lo que hubiera podido aparecer hace mucho, ahorrándonos sufrimientos innecesarios. Además, los utópicos no basaban su teoría en el motor del cambio histórico, la **lucha de clases** y, por ello, querían emancipar a todo el mundo y no a los verdaderos oprimidos según Marx, el proletariado. Marx contrastaba a estos utópicos - a Saint-Simon, Fourier y Owen – con su socialismo, que él decía que era “**socialismo científico**”, entendiendo como científico el estudio de las regularidades, y necesidades, de la naturaleza.

5.1.3. EL CONDE DE SAINT-SIMON (1760-1825)

Saint-Simon, noble e ingeniero francés consideraba que, llevado por el egoísmo por el que abogaban los clásicos, el desarrollo histórico había consistido en un conflicto entre los que no tienen nada y los propietarios. Y, aunque tener el control sobre las cosas es necesario, no lo es tenerlo sobre las personas. Igual que los clásicos, Saint Simon da primacía a la economía sobre la política pero propone un mundo perfecto donde los hombres dejarían de tener luchas por el poder y utilizarían su **poder** para explotar la naturaleza.

La Historia de la humanidad seguiría tres períodos: la antropocéntrica o infantil, la metafísica o conjetural y la científica o positiva.

Para Saint-Simon, la sociedad se divide en **clases** basadas en la verdadera naturaleza de los hombres: primero, están aquellos que satisfacen las **necesidades científico racionales**, como los científicos e ingenieros; segundo, aquellos que tienen **capacidad motora**, como los hombres de negocios, banqueros, productores, patronos y obreros; por último, los que tienen **capacidad sensorial o administrativo-manual**, como los artistas, poetas y dirigentes religiosos. Para él, la sociedad perfecta es aquella que logra una **cooperación armoniosa** de hombres de distintas capacidades. Es una visión jerárquica y organicista en que los hombres tendrían derechos jurídicos iguales pero diferencias fisiológicas y psicológicas.

Los primeros escritos de Saint-Simon muestran una propuesta ilustrada que aboga por el dominio de la Razón y donde los científicos y los ingenieros ocuparían la cima de la estructura social, incluso en lo religioso. Pero, debido a sus amargas experiencias con los científicos franceses de su época, en sus últimas obras Saint-Simon se vuelve romántico, aceptando la necesidad de introducir elementos morales en la sociedad de modo que los científicos comparten protagonismo en la élite con los industriales. Defiende que el gobierno debe reemplazarse por una administración de expertos que tomaría decisiones impersonalmente basándose en razones científicas “positivas”, el **Parlamento industrial**, que intentaría incrementar la productividad y la producción hasta que hubiera abundancia. El parlamento industrial esencialmente se dedicaría a la construcción de infraestructuras y a promover la educación gratuita. Saint-Simon no incide en cuestiones distributivas y de hecho, no es igualitarista y no ataca la jerarquía ni la propiedad privada. Creía que la monarquía tendría que instaurar este sistema industrial e incluso propone la dictadura para eliminar el sistema feudal. Una vez erradicado el desorden y los conflictos, lograda la armonía, el Estado actual perdería su razón de ser. Es fácil asimilar la propuesta de Saint-Simon con la idea de la “dictadura del proletariado”, algo que no se le escapó al mismo Engels.

“En 1816, Saint-Simon declara que la política es la ciencia de la producción y predice ya la total absorción de la política por la economía. Y si aquí no hace más que insinuar la idea de que la situación económica es la base de las instituciones políticas, proclama ya claramente la transformación del gobierno político sobre los hombres en una administración de las cosas y en la dirección de los procesos de la producción, que no es sino la idea de la **“abolición del Estado”** que tanto estrépito levanta últimamente” (Engels, Del socialismo utópico, pag.47).

Discípulos de Saint Simon son Auguste Comte, Enfantin y Eugène Rodrigues. Éstos atacan la herencia y la propiedad de las tierras y fábricas, proponiendo que el Estado dirija la producción según los intereses de la comunidad. Creen en el progreso, la industrialización, la revolución administrativa, la tecnología, la planificación y desconfían de las “fuerzas anárquicas del mercado”.

5.1.4. CHARLES FOURIER (1772-1837)

Fourier fue un profeta de la descentralización y atacó a Saint-Simon por ser precursor del estatismo y la planificación y creer en la industrialización. Para Fourier, Saint – Simon quería transformar al hombre con palabrerías de amor universal; pero él lo tomaba tal como es y quería dar rienda suelta a las pasiones para eliminar la hipocresía y competitividad. Fourier no creía en el progreso por represión. Sin embargo, igual que Saint Simon, plantea la existencia de distintas etapas históricas: la confusión, el salvajismo, el patriarcado, la barbarie, la armonía, que duraría 8000 años, y entonces, la historia se invertiría hasta llegar a la disolución de la sociedad.

Para Fourier, el mundo industrial y comercial, y la maquinaria, ahogan las pasiones. La sociedad civilizada no tiene arreglo porque en ella el hombre queda condenado a una existencia gris y rutinaria en **rivalidad** con sus congéneres. Se generan **derroches** por la competencia, la **intermediación parasitaria** en la distribución de mercancías, la **ostentación** de bienes inútiles y poco duraderos y la proliferación de personajes inútiles (soldados, burócratas, abogados, filósofos...). Por ello, hay que romper los barrotes de la prisión y hacer una completa reforma industrial.

Para ello, Fourier propone crear los **falansterios**, ciudades-jardín donde se haría vida y trabajo en común y la ley se basaría en la opinión del grupo. Frente a la desorganización capitalista, propone una completa reorganización social en forma de **cooperativas** de formación voluntaria que funcionarían sobre la base de la armonía social y la satisfacción de las necesidades psicológicas fundamentales. Según Fourier, hay tres tipos de pasiones: el deseo que depende los sentidos (que responde a lo lujoso), el deseo de respeto, amor y paternidad (afectivas), y el deseo de hacer intrigas y de variedad (seriales). Por ello, el falansterio debe estar representado por 1620 personas que representarían el mayor número posible de combinaciones de caracteres humanos. Más personas podrían obstaculizar las relaciones personales. Así, para que el trabajo sea un placer, deben hacerse grupos de trabajo compuestos por personas de ambos sexos de todas las edades, talentos, niveles económicos. Los cambios frecuentes de actividad en sesiones de menos de una hora evitarían los efectos embrutecedores de la

especialización sin perder sus ventajas. Habría una competencia amistosa, con concursos para ver quién hace mejor el trabajo. Sin embargo, seguiría existiendo la propiedad privada dado que los diferentes talentos aconsejan una desigualdad natural. Fourier sólo critica el abuso de la propiedad privada, que debe transformarse en participaciones de capital común del falansterio. Según él, éste tendría elevados beneficios o rendimientos capitalistas que debían dividirse en 12 partes, 5 para el **trabajo**, 4 para el **capital** y 3 para la **dirección** o capacidad. Es decir, Fourier incluye el factor organización en la estructura de la empresa. Finalmente, se crearía una unión mundial de falansterios que dependería de un orden jerárquico hasta el omniarca (puesto que Fourier ofreció a Napoleón).

Este plan fue precursor de las comunas del siglo XX y se aplicó en Rumanía, en San Petersburgo en 1848, en Estados Unidos en 1841, en los kibbutzim israelíes...

5.1.5. ROBERT OWEN (1771-1858)

Robert Owen fue un empresario con éxito que gestionó la fábrica de hilados de **New Lanark** en Escocia, uno de los establecimientos fabriles más grandes de su época, con 2.000 empleados, y de las más innovadoras, dado que surge en el contexto de la industria dispersa o a domicilio. Denunció la corrupción del sistema fabril, donde los trabajadores se dejaban llevar por el absentismo, el alcoholismo y la degradación. Owen defiende que el **trato humanitario** hacia los trabajadores es un incentivo más efectivo que el castigo o el mayor salario. A ello, David Ricardo le criticó en 1819 diciendo que la experiencia demostraba que la cooperación no estimulaba a los trabajadores tanto como el interés individual. Owen creyó haber demostrado que eso no era cierto en sus escritos y en su vida empresarial, dado que mantuvo condiciones de vida para los trabajadores mejores que las habituales, les mejoró las viviendas, promovió los economatos centralizados que vendían alimentos a buen precio, dejó de vender alcohol... Además, introdujo **sistemas de control** y organización que aumentaban la disciplina en las fábricas, como el registro del comportamiento de los trabajadores a las que unió su figura paternal como elemento de orden y motivación. El resultado fue una unidad modelo para todo el mundo, famosa internacionalmente, y que producía altos beneficios. De hecho, Owen consiguió convencer y ser modelo de numerosos filántropos horrorizados por las consecuencias de las fábricas sobre el bienestar y condición moral de los trabajadores. Aunque en un principio el objetivo de Owen era lograr mayor beneficio en el largo plazo, con el tiempo, vio que la iniciativa privada de cortas miras no introduciría las mejoras que él defendía y pidió la intervención

del gobierno, convirtiéndose en un **filántropo** interesado en mejorar las condiciones de vida de los trabajadores fuera o no rentable y convenido de que esta mejora traería un nuevo mundo. Se basaba en dos ideas:

1. El **ambientalismo o conductismo**, es decir, que un entorno social adecuado moldea a trabajadores productivos y niños que serán ciudadanos respetables. “Suprimid las circunstancias que tienden a crear el delito en el carácter humano y se suprimirá el delito”. Desafió la opinión social predominante de que la pobreza era la consecuencia justa de los pecados de la clase trabajadora. El carácter no ha sido creado por el individuo si no para él y se puede implantar cualquier sentimiento en el hombre. Esta idea la intentó demostrar creando el “Instituto para la Formación del Carácter” en 1816, unas escuelas donde se daba **estímulos positivos**, no castigos físicos, a los hijos de los trabajadores de New Lanark. Owen consiguió que no se emplearan a los niños de menos de 10 años y luchó por reducir la jornada laboral y llevar a cabo inspecciones para controlar las condiciones de trabajo cuando declaró en las Leyes de Fábricas que comienzan en 1802.

En 1813 publica su *Nueva Visión del Mundo* donde esboza su utopía de socialismo que intentaba moldear a los trabajadores sobre la base de cooperativas, como aldeas autosuficientes con actividades industriales y agrícolas. Owen fundó el periódico *The Crisis*, órgano de expresión del movimiento cooperativo aunque por aquel entonces, todavía no era revolucionario, ni lo pensaron así las clases altas de Inglaterra o Escocia. Lo que quería era dar una ayuda material y moral a los borrachos y desempleados. A diferencia de Fourier, era partidario de pagar a los capitalistas un tipo de interés fijo, hasta que voluntariamente renunciaran a este pago, como él pensaba que sucedería. Con el tiempo, Owen habla de las nefastas consecuencias de las instituciones fundamentales de la sociedad de su tiempo, que él vincula con el dinero, la propiedad y el matrimonio y eso le hizo más revolucionario y menos aceptado por las clases altas.

2. **Owen creía que la mecanización crea desempleo**. Como Ricardo, considera que el desplazamiento del trabajo por la máquina genera paro tecnológico y propone solucionarlo intercambiando las mercancías en proporción al **trabajo incorporado**. La intermediación del dinero hace posible que el valor de cambio suba o baje por los ciclos económicos y que, de hecho, la venta de los productos no pueda pagar los costes de producción y los salarios no puedan absorber toda la demanda. Owen propone que el trabajo reciba todo su producto de modo que la oferta y demanda de mercancías crezca *pari passu* y se evitara la sobreproducción. En 1831 funda en Londres una Bolsa, la *National Equitable Labour Exchange*, para poner en

contacto a las sociedades cooperativas y emite unos Bonos del trabajo que expresaban en horas el valor de las mercancías. En 1834 se formó el Gran Sindicato Nacional Consolidado basado en la propuesta de Owen de unir a todos los sindicatos de cualquier oficio, pero su éxito de afiliación llevó a que colapsara porque se fue quedando sin financiación y fue reprimido por el gobierno y por los patronos, que impusieron a los obreros la firma de un documento por el cual se comprometían a no adherirse a él. También, la Bolsa y el periódico de Owen colapsaron.

Finalmente, el owenismo planteaba que es posible crear seres racionales en un mundo donde no habría propiedad privada ni se mediría todo por el dinero. Los owenistas crearon una especie secta, en torno a los *Halls of Science*, y se constituyeron en una dura crítica a los economistas clásicos.

5.1.6. EPÍGONOS DE LOS SOCIALISTAS UTÓPICOS

Los socialistas utópicos no sólo alumbraron a experiencias revolucionarias o sectarias, si no que tuvieron importantes continuadores. Por ejemplo, **John Stuart Mill** tomó muchas ideas de ellos, y los **socialistas Fabianos** se basaron en sus teorías. La Sociedad Fabiana, creada en 1884 por un grupo de jóvenes intelectuales británicos de clase media, propusieron introducir reformas graduales en vez de plantear un mundo ideal estático y perfecto como los utópicos (tomaron precisamente su nombre del emperador romano Fabius Maximus Cunctator, el “Parsimonioso”). Destacados dramaturgos e intelectuales como George Bernard Shaw, Sidney y Beatrice Webb o H. G. Wells, decían que el capitalismo, basado en la propiedad privada, es inhumano, y que éste debe combatirse a través de la educación selectiva de unos pocos que pondrían en práctica las reformas del gobierno. Así, los Webb fundan en 1895 la *London School of Economics and Political Science*, extendiendo la filosofía de los Socialistas Utópicos en el siglo XX. Influyeron al **laborismo británico** y a **John Maynard Keynes**.

5.2. MARX Y SUS DISCÍPULOS

5.2.1. PRECEDENTES DE MARX

Varios son los autores que precedieron a las teorías de Karl Marx en su defensa del socialismo y que éste tomó como base para elaborar su doctrina. En especial las teorías de Sismondi y las de los anarquistas, Proudhon, Bakunin y Kropotkin, permiten comprender mejor las propuestas de Marx y poner su teoría en el contexto que merece.

- **Simonde de Sismondi (1773-1842)**

Según el ginebrino **Sismondi**, la revolución industrial incrementaba la riqueza, pero este incremento no había afectado a los trabajadores. Mientras que en los gremios feudales había cooperación entre el trabajo y el capital, en el capitalismo había conflicto de intereses y competencia. De ahí, Sismondi acuña el nombre del **proletariado**, los trabajadores manuales a los que el sistema atribuye la función de asegurar con su “prole” la provisión de fuerza de trabajo. Para Sismondi, el **sistema capitalista** lleva implícitas **crisis** producidas por sus propias **contradicciones**, especialmente el hecho de que la producción no se adapta a las necesidades. Los ingresos son parte de la “demanda efectiva” que es necesaria para el equilibrio entre producción y consumo. Pero las máquinas desplazan al trabajo, lo que lleva a reducir el consumo, con lo que los incrementos de la producción generan inevitablemente **excesos de producción**. Además, como la maquinaria es cara, se concentra en las grandes empresas y los pequeños fabricantes tienen que abandonar el negocio. No admite que el incremento de producto cree oportunidades adicionales de empleo o una demanda adicional. Por tanto, ataca a la maquinaria porque reduce los costes de producción y los precios del producto, pero no compensa el desempleo tecnológico.

- **El anarquismo: Proudhon, Bakunin, Kropotkin**

En cierto modo, Marx era un anarquista dado que defiende la abolición del estado tras la “**dictadura del proletariado**”. Pero en la **Primera Internacional Socialista** (1864-78) Marx se debatió con los **anarquistas** porque éstos defendían que no se puede llegar a la dictadura con otra dictadura; sólo la libertad genera libertad. El amo es también esclavo de la sociedad opresora y la autorrealización sólo se consigue con el reconocimiento de nuestros iguales. Para los anarquistas, el individuo es

naturalmente bueno y la ausencia de autoridad no crea desorden y caos; el problema son las instituciones de autoridad, como el gobierno, la ley y la propiedad privada, que generan una historia de opresores y oprimidos. Así, los anarquistas creían que el control desde arriba debía ser sustituido por un **autocontrol**, de modo que la conducta buena se haría instintiva y espontánea. Dado que el trabajo es la fuente de valor social, la sanción social debe obligar a trabajar: si en las comunidades primitivas esta sanción se lograba a través de la mirada atenta de los miembros, con el anonimato de las ciudades, el coste de administrar esa sanción es mucho mayor. Ahora bien, para los anarquistas el gobierno sólo puede ser abolido por medios no políticos, desde fuera del sistema, y esta actitud es en ocasiones paralizante. Es por ello que Marx huye de sus principios ya que muchos anarquistas acaban siendo individualistas filosóficos. Herbert Read sostenía que el anarquismo sólo es posible en una sociedad compleja capitalista con una elaborada división del trabajo.

Plantaremos las ideas de tres grandes pensadores del anarquismo que proponen distintos conceptos de libertad y de igualdad y distintas vías para la liberación y que, en última instancia, influyeron en Marx y los marxistas.

1. Pierre-Joseph Proudhon (1809-1865)

El francés Pierre-Joseph Proudhon definía la anarquía como el gobierno de cada uno sobre sí mismo y por sí mismo, que se fortalecería con la mutua vigilancia moral. Su anarquía no es “cualquier” libertad absoluta sino un mundo en que el hombre hace lo que debe hacer, pero lo hace espontáneamente. Para ello, es necesario lograr una “**igualdad de oportunidades**”. Pero a la pregunta *¿Qué es la propiedad?* (1840) Proudhon respondía “La propiedad es un robo” y hace a los hombres dependientes, llevándoles a la pérdida de autonomía y autocontrol. En particular, condena la propiedad si gracias a ella el propietario puede vivir sin trabajar; si consideramos que todo valor proviene del trabajo, eso le hace vivir del trabajo de otros. Así le sucede al capitalista, que según Proudhon obtiene del trabajador una **plusvalía** (que él definió antes que Marx). Efectivamente el capitalista paga por los esfuerzos individuales de los obreros pero no por el valor del esfuerzo colectivo.

Así, Proudhon defiende sustituir la propiedad por una sociedad basada en el intercambio contractual. Es decir, un orden sin dependencia y dominación en que se produjera una asociación libre sobre la base de múltiples contratos que regulen las acciones sociales. Es el **contractualismo o mutualismo**, que se basaría en comunidades campesinas o artesanales autosuficientes que

consiguieran un correcto equilibrio orgánico entre los hombres. En su *Sistema de contradicciones económicas* (1846) defiende que el carácter de una sociedad está determinado más por la forma en que circula la riqueza que por los métodos con los que se produce. Por tanto, para introducir cambios en la sociedad, había que modificar el sistema de créditos, liberando a la moneda del control del capital financiero y del estado. Según Proudhon, no debería haber escasez de crédito dado que esto es una traba a la expansión económica y una vía de desempleo. Por ello, propuso que se crearan asociaciones de crédito sin cobro de interés que actuaran como grandes centros de cooperación entre productores. Con un sistema de reaseguros que reflejen el valor del trabajo de cada producto se podría compensar a la gente contra las fluctuaciones y ese valor-trabajo evitaría las consecuencias inflacionarias de sus medidas. El Banco del pueblo sería el encargado de hacer esos contratos, que en vez de individuales, serían federales o comunales, basados no en la competencia si no en la confianza mutua. En definitiva, sería la comunidad la que valoraría el trabajo, que podría tasarse en horas o en algún otro criterio generalmente aceptado.

Como medio de transformación, Proudhon desecha la violencia y defiende la persuasión moral, la educación y la propaganda, unida a la resistencia pasiva al gobierno. Recelaba del papel de los intelectuales en los movimientos sociales y aspiraba a que en una federación de comunas autogobernadas e igualitarias emergería la buena voluntad. Sería en la familia o el vecindario donde el hombre aprendería a valorar las virtudes de la justicia, la libertad y la igualdad. En fin, su propuesta es un federalismo autogestionario socialista.

2. Michael Bakunin (1814-1876)

Fue el ruso **Bakunin** quien tuvo más desacuerdos tácticos con Marx, que acabaron en la escisión de la Primera Internacional socialista en la corriente anarquista y la autoritaria, que abogaba por la toma del estado. Como muestra en *El sistema capitalista* (1867) Bakunin estaba de acuerdo con la necesidad de revolución y destrucción de las instituciones capitalistas, pero no coincidía con los marxistas en la táctica, el uso de los sindicatos y los partidos políticos que condenaba. Temía el colectivismo a gran escala por la posibilidad de que ocasionara un capitalismo de Estado. Él prefería las federaciones de pequeñas comunidades con vínculos débiles y una especialización de funciones, que eliminaría la centralización y nacionalismo y fomentaría la interdependencia (*El Estado y la anarquía* 1873).

Para Bakunin, el hombre es fruto de la educación y defiende la **libertad como razón u opinión**, como no renunciar a su pensamiento y conciencia frente a

voluntad o conciencia alguna. Esto no es la satisfacción de intereses individuales. De hecho, la **libertad** para Bakunin es una **calidad de la mente liberada del interés propio**, lo que conecta libertad individual y social. La libertad no es ser libre de hacer el mal y cometer errores. Es mantenerse independiente de las órdenes de otros hombres y obedecer espontáneamente a las leyes del instinto, razón o moral (*Dios y el Estado*, 1871). Sin embargo, Bakunin no es tan idealista con respecto al trabajo: los que no quieran trabajar, dice, deben ser despojados de sus derechos políticos por no cumplir con los deberes de la comunidad. Bakunin buscaba la “**igualdad de tratamiento**”, no la de oportunidades. El hombre debe ser retribuido según su trabajo, pero el que no trabaja bien podría dejarse morir de hambre. Aunque inicialmente sólo defiende la educación como medio de cambio, con el tiempo, y fruto de su colaboración con el anarquista Nechayev, acepta la violencia y conspiración para que la gente tome conciencia de clase.

3. Piotr Alexeievich Kropotkin (1842-1921)

El ruso **Kropotkin** fue seguidor de Bakunin pero defendió la “**igualdad de satisfacción**” que es lo que la mayoría de los marxistas han defendido. En *La ayuda mutua* (1890) establece paralelos entre la sociedad y el mundo animal y, contra el darwinismo social, hace estudios para probar que las pequeñas comunidades con cooperación eran la forma natural de sociedad humana. Kropotkin acepta la irreversibilidad de la industrialización, pero quería reintegrar vida rural y urbana a través de pequeñas comunidades como las de los relojeros del Jura suizo (frente a algunos anarquistas, como Tolstoi, que querían eliminar la vida urbana e industrial). En *La conquista del pan* (1892), Kropotkin duda que la gente disfrute con el trabajo y propone la distribución de acuerdo a necesidades. El medio político para la transformación sería pacífico, aunque la violencia estaba justificada para compensar el uso de la fuerza de los gobiernos o los capitalistas.

5.2.2. KARL MARX (1818-1883)

• **Primeros escritos filosóficos: alienación e historia**

Karl Marx nace en 1818 en Tréveris, Prusia, de una familia de judíos conversos de clase media. Estudió filosofía y derecho en Bonn y Berlín, donde se interesó por las ideas filosóficas de los **jóvenes hegelianos**, que se reunían en torno de Ludwig Feuerbach y Bruno Bauer. Tras finalizar sus estudios, trabajó en Colonia en un periódico radical, la *Gaceta Renana*.

Después de ser censurado por sus críticas al zar de Rusia, se trasladó a París y comenzó a escribir para otros periódicos como los *Anales Franco-Alemanes* donde conoció al anarco-comunista Bakunin. En 1844 también conoció en París a **Friedrich Engels**, cuyo artículo le abrió los ojos sobre la importancia de la economía para comprender la esencia de las relaciones capitalistas. Exiliado en 1845 a Bruselas, donde se convirtió en una figura importante en la **Liga de los Comunistas**, publicó *La Nueva Gaceta Renana*. En 1849 se exilió a Londres, donde vivió en la pobreza con su mujer y sus 4 hijos, que mueren pronto. Gracias a la financiación de Engels, pudo continuar escribiendo y se convirtió en una figura importante en la primera internacional, ayudando a montar la **Asociación Internacional de Trabajadores** (AIT) de 1863 a 1872. Muere en 1883 en Londres.

A lo largo de su vida, Marx consiguió forjar un sistema completo de pensamiento y ello le ha hecho uno de los pensadores más influyentes de la historia. Desde que leyera su tesis *Diferencia de la filosofía de la naturaleza en Demócrito y Epicuro* (1841) donde defendía el ateísmo de Epicuro, Marx comienza su andadura intelectual escribiendo obras de corte filosófico. En 1843 publicó su *Crítica a la filosofía del derecho de Hegel* que podría enmarcarse en el pensamiento de los hegelianos de izquierdas, con la concepción de la historia como tesis y antítesis que dan lugar a la síntesis. De Hegel, Marx toma la noción de **alienación** (el producto de una actividad del hombre que se separa de ella y la domina y no se reconoce en ella). Marx convierte la idea de alienación en uno de sus más profundos y fértiles conceptos, y a través de ella muestra la relación entre sujeto-objeto; entre naturaleza y sociedad; y entre espíritu y materia. En sus *Manuscritos económicos y filosóficos* de 1844 y en la *Tesis sobre Feuerbach* de 1845, Marx ahonda en el tema de la alienación. **Feuerbach** había criticado a Hegel por su idealismo y expone un materialismo en el que lo que aliena al hombre es la religión: creamos un Dios y luego nos sometemos a él sin reconocernos en él, pues nos resulta extraño. Pero, según Marx, Feuerbach está equivocado: si el hombre crea un Dios (imaginario) es porque el mundo social de la política (real) es un mundo de miseria, no humano. La religión no es el problema, sino el **“opio del pueblo”**, y el problema no se resuelve con el pensamiento, si no con la **praxis**. En *La ideología Alemana* (1846), Marx explica mejor su concepto de alienación presentando las tesis principales del materialismo histórico. La historia depende del devenir de la materia, pero este proceso se produce porque ante una tesis, la alienación crea una antítesis y esta contradicción se resuelve con una nueva etapa histórica, la síntesis. En particular, en un momento en que en Inglaterra la población trabajadora estaba hacinada en las fábricas, con largos horarios, un salario de subsistencia e incertidumbre, la alienación era de tres tipos:

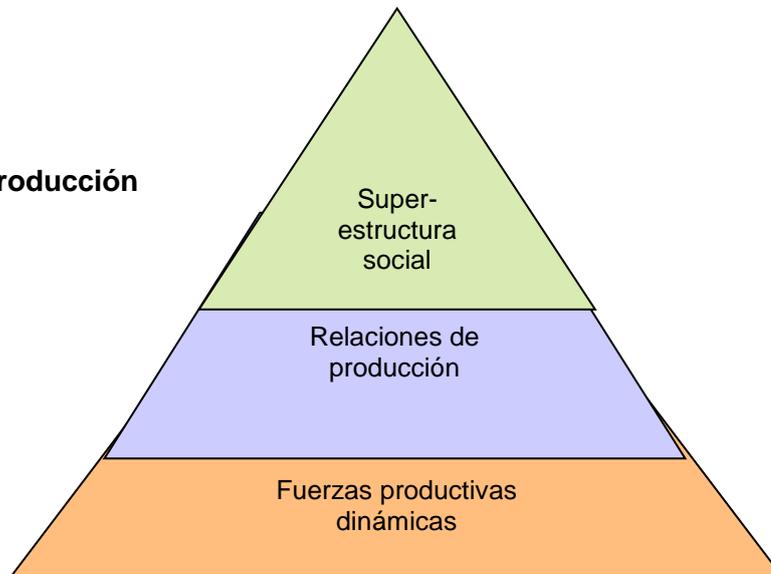
1. Alienación política: El hombre se reúne en la vida social, pero no en la política. Aunque para Hegel el hombre se realiza reconociéndose en el estado, según Marx el estado es subproducto de la sociedad y el interés nacional es impuesto y ajeno. Esta alienación, pues, tiene su raíz y ha de ser combatida desde la estructura social.

2. Alienación social: Sin embargo, la sociedad se divide en clases sociales herméticas y cada individuo pertenece a una. Marx critica la división de clases de los clásicos (trabajador, capitalista y terrateniente) y propone una división entre propietarios/ no propietarios de los medios de producción. Los no propietarios son los proletarios, que han sido creados por la sociedad burguesa, pero que, dice Marx, serán también su propio “enterrador”.

3. Alienación económica: La actividad superior del hombre, el trabajo, crea objetos en los que el hombre no se reconoce y que le dominan, el capital, en condiciones inhumanas. En particular, las circunstancias económicas y la posición de clase determinan las relaciones sociales (incluidas las actividades religiosas, artísticas o filosóficas). Cada hombre busca legítimamente su propio interés, pero si los intereses económicos no coinciden, surge la **lucha de clases**, que es de hecho el motor del cambio histórico.

Frente a los clásicos, según Marx, no existen leyes universales, si no que cada estadio particular tiene unas. Marx utiliza el método del **materialismo histórico – determinismo dialéctico** para describir la historia como una sucesión de **modos de producción**. En cada modo de producción, la estructura social puede dividirse en tres partes: **las fuerzas productivas dinámicas, las relaciones de producción y la superestructura**. Las primeras son las fuerzas que estudiaron los economistas clásicos, la tierra, el capital y el trabajo, a las que Marx añade la tecnología. Éstas son las únicas que tienen un movimiento exógeno; las relaciones de producción, sin embargo, dependen de las fuerzas productivas. Estas relaciones de producción pueden ser relaciones de propiedad (personas versus cosas) o relaciones humanas (personas versus personas). Por último, la superestructura social está determinada por las relaciones de producción. Es como la espuma tras el oleaje: la religión, el derecho, el gobierno, no son más que subproductos de las relaciones de producción, determinadas a su vez por las fuerzas productivas. Así, la justicia es una creación de los poderosos para defender su propiedad; pero, en cada época, se genera una “falsa conciencia” o “conciencia invertida” en que los sometidos sufren una suerte de agradecimiento a los opresores. “No es la conciencia del hombre la que determina la realidad, por el contrario, la realidad social es la que determina su conciencia” (prólogo a la Crítica de la Economía política).

Modos de producción



Por ejemplo, en el feudalismo, no existía propiedad privada de los medios de producción; los obreros eran artesanos que tenían garantizado el trabajo por los maestros agremiados, como si se tratara de un contrato implícito, y sabían que, de simples aprendices, podrían pasar a oficiales o jornaleros e incluso a maestros si había algún vínculo familiar. Sin embargo, tras las primeras conquistas de países como Holanda (**acumulación originaria**), la propiedad se escinde del trabajo haciéndose un poder ajeno y reduciendo las relaciones humanas a relaciones monetarias. Se produce la conversión del trabajo en mercancía (es el **fetichismo de la mercancía** o la alienación del ser por la cosa). El que sólo posee su persona (su tiempo de vida), la tiene que vender para poder sobrevivir. Esa persona quedará encadenada a un trabajo específico por la división del trabajo. Surge entonces la **burguesía**, una clase que revoluciona las relaciones sociales dado que destruye la explotación basada en los lazos feudales y patriarcales, en el idealismo religioso y el entusiasmo caballeresco, para dejar al hombre sólo, y explotado por el frío interés y el cálculo egoísta. Sin embargo, dentro de esta alienación, hay una **contradicción**, porque los intercambios y especialización crean una interdependencia que hacen necesarias las relaciones cooperativas, pero al tiempo la propiedad privada aconseja la búsqueda del interés propio. Se producen tensiones que, dice Marx, llevarán al colapso y entonces el conflicto se reemplazará por la armonía: será el momento del socialismo, donde se introducirá la propiedad colectiva. Las fuerzas productivas burguesas que produce el cambio técnico, la mecanización y el desarrollo económico, llevan insertas las condiciones materiales para resolver el antagonismo y las fuerzas antitéticas: con esto termina la prehistoria de la sociedad humana. En definitiva, en la teoría de Marx, el hombre está alienado porque el comportamiento humano se ve guiado por fuerzas impersonales incontrolables.

“Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, si no bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado. La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos” (Marx, El 18 brumario de Luis Bonaparte).

- **Segundos escritos: crítica a la economía política**

Marx utiliza el instrumental analítico de los clásicos de modo que bien podríamos llamarle un “último clásico”. Sin embargo, también introduce una nueva nomenclatura. Era gran admirador de Adam Smith y David Ricardo, pero creía que la economía burguesa estaba ya agotada y por ello John Stuart Mill había renegado de ella, separando las leyes de producción y las de distribución. Marx fue especialmente crítico con Malthus, que para él había defendido que los obreros son culpables de su propia pobreza y había ensalzado la falsa conciencia de gratitud hacia los empleadores. Según Marx, cada modo de producción tiene un principio de población distinto, y la **sobrepoblación** del capitalismo no es absoluta, sino **relativa** al trabajo necesario para la producción y dependiente del hecho de que se sustituya el trabajo por la máquina. Marx se vio muy influido por **Louis Blanc**, y leyó a Fourier, así como El Príncipe de Maquiavelo. Extractó también libros de Quesnay, Sismondi, Say, James Mill y Proudhon y sus seguidores.

De hecho, en 1847 escribe *La miseria de la Filosofía* que criticaba el *Sistema de contradicciones económicas o filosofía de la miseria* de **Proudhon**. Como hemos comentado, Proudhon había defendido que sólo la posesión, el derecho de uso, es legítima. Defendía que el hombre tiene una tendencia natural a la ayuda mutua y que el socialismo se impondría desde arriba por miembros desinteresados de las clases superiores. Marx critica estas ideas: el socialismo sólo se impondría porque el capitalismo generaría a su propio enterrador, el proletario.

En 1848, Marx publicó junto a Engels una de sus obras más citadas, el *Manifiesto Comunista*. En él, Marx lanzaba la famosa proclama de “**Proletarios de todos los países, uníos**” y defendía que los proletarios deberían expropiar los bienes de los burgueses, centralizándolos para luego distribuirlos igualitariamente. Diez eran las medidas para la toma del poder: 1. Expropiación de la tierra; 2. Impuesto progresivo; 3. Supresión del derecho de herencia; 4. Confiscación de los emigrados y sediciosos; 5. Nacionalización del crédito; 6. Nacionalización del transporte; 7. Nacionalización de las empresas; 8. Obligación de trabajar; 9. Igualar el campo a la ciudad; 10. Educación pública y gratuita. Después, una breve “**dictadura del**

proletariado” compensaría la “**dictadura de la burguesía**” y haría conscientes a los hombres de los males del capitalismo para que finalmente el estado se auto-inmolara, dado que “todos los gobiernos son uno sólo contra el proletariado”. De hecho, en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* de 1852 Marx denuncia que la revolución francesa de 1848 no hizo sino parodiar a la de 1789, con su vuelta al cesarismo. Y posteriormente, durante la Comuna de París de 1871, defendió en *La guerra civil en Francia* la rebelión de los parisinos y que la comuna era “la forma política, por fin descubierta, en la que es posible realizar la emancipación del trabajo”. En 1875, en *Crítica al programa de Gotha* se opuso a la tendencia de Liebknecht y Bebel de comprometerse con el socialismo de estado de Ferdinand Lassalle. En él dirá “¡De cada cual según sus capacidades; a cada cual según sus necesidades!”, adelantándose al anarquismo de Kropotkin.

- **Ultimo escritos: economía y valor trabajo**

En 1849, Marx publicó *Trabajo asalariado y capital* y hacia 1857 elabora sus *Grundrisse*, que no se publican hasta 1941, donde Marx reflexiona sobre la economía política. En 1858 publica *Contribución a la Crítica de la Economía Política*. Posteriormente, en 1863 escribirá *Historia Crítica de la teoría de la plusvalía*, donde hace una historia del pensamiento económico. A veces se llama a este libro el cuarto volumen de *El capital*. De hecho, Engels intentó editarlo, pero murió antes de poder hacerlo. Esta obra sería publicada por Kautsky desde 1905 a 1910. Finalmente, en 1867, Marx saca a la luz su obra magna, *El Capital*, donde hace un **análisis del capitalismo**. Los tomos dos y tres se quedaron en manuscritos que Engels publicó póstumamente, uno en 1885 y otro en 1894. Aunque es probable que este último contenga bastantes “engelianismos”.

En su teoría económica, Marx sigue la concepción del valor trabajo incorporado a los objetos físicos de David Ricardo. Pero Marx soslaya el “problema del capital” de Ricardo, que le llevó a aceptar un 7% del valor como “capital puro”, para definir el **valor** exclusivamente como **tiempo de trabajo necesario para la producción, trabajo vivo** cuando se aplica directamente a la producción, y **trabajo muerto** cuando es trabajo acumulado en los medios de producción. Para evitar el problema con el que se encontraba Ricardo al definir el valor como tiempo de trabajo incorporado, que implicaría que el trabajador ineficiente da más valor a los bienes con su mayor dedicación en tiempo, Marx dice que este tiempo es el tiempo de trabajo socialmente necesario, en condiciones normales de producción. Por otra parte, un requisito del valor es que la producción sea para el intercambio. Esta teoría

objetiva permite a Marx relacionar su modelo con la sociología, y basarlo en las relaciones de producción y explotación.

El intercambio no genera problemas en la economía. Según Marx, el territorio de mercado en tanto que ámbito en que los agentes se enfrentan de forma voluntaria en pos de los beneficios particulares es un “auténtico paraíso de los derechos del hombre”. En la **representación clásica de la producción**, si produzco un bien y compro otro con él, éstos tienen el mismo valor. La oferta crea su propia demanda y **vendo para comprar** y con el objetivo de consumir. Con la mediación de dinero, podré representar el intercambio de una mercancía M por otra mercancía M' con un dinero D, de modo que $M - D - M'$. Así, una persona tiene dinero y se lo da a otra para consumir M'.

Sin embargo, la cosa cambia en una **economía capitalista**. En este caso, el producto adquiere la forma de **mercancía**, pero el valor de uso, la necesidad que satisface ésta, y el valor de cambio, la capacidad de intercambiarlo por otros bienes, difieren, apareciendo la **forma dual del valor**. Entonces, el trabajo específico de aquel que produjo la mercancía desaparece y las relaciones de cambio se determinan por un **trabajo abstracto o indiferenciado**. La representación será en forma de **reproducción extendida o ampliada**, es decir, $D - M - D'$, donde D' es mayor que D. Es decir, **compro para vender** – más caro – y el dinero se acumula con el único objetivo de producir mercancías por dinero. No es el consumo lo que estimula el sistema, es la **producción por producción**. El capitalista, en definitiva, tiene dinero y se mete más dinero en el bolsillo para poder seguir produciendo. Este caso es lo contrario del intercambio porque, de hecho, sólo hay una persona en acción.

El dinero para Marx no es más que una mercancía que mide valores y, mientras tenga un valor intrínseco, como sucede con el oro, no genera inflación. El valor del oro varía en función de la cantidad de trabajo incorporado en su producción; pero el incremento de su producción no produce incrementos de los precios, si no al revés, el incremento de los precios incrementa la cantidad de dinero metálico, dada una velocidad de circulación del dinero. Sin embargo, el incremento del dinero papel, que desplaza al dinero metálico, sí produce inflación. Como dice Marx, “mientras que el oro circula porque tiene valor, el papel tiene valor porque circula”.

Pero ¿qué sucede con la mercancía “**trabajo**”? Como en otras mercancías, el trabajo dentro del capitalismo no tiene el mismo valor de uso que valor de cambio. El valor de uso es el **valor del trabajo**, la productividad del trabajador; el valor de cambio es el **valor de la fuerza de trabajo**, el tiempo

de trabajo necesario para reproducir la mano de obra no cualificada, dado que todos los trabajadores se ven reducidos a trabajo abstracto e indiferenciado por el proceso histórico. Así, el valor de la fuerza de trabajo es el salario en el nivel de subsistencia, como mostraba la ley de bronce del salario de Lasalle y la teoría de Malthus. A la pregunta de por qué hay distintas remuneraciones a distintos tiempos de trabajo – que Smith resolvía con su teoría de los diferenciales salariales – Marx responde que la mayor o menor remuneración al trabajo se debe al tiempo de trabajo necesario para el adiestramiento de la mano de obra.

En el capitalismo, el trabajador adelanta el valor de uso y el capitalista le paga menor valor de cambio. La diferencia es la plusvalía. El valor de uso depende del trabajo incorporado, el valor de cambio, no. De ahí, surge el problema de la **valorización** o transformación de los precios en valor. Así, se pide a los obreros más tiempo de trabajo de lo necesario para su subsistencia: el trabajador no recibe menos de lo que vale, produce más de lo que vale. Pero los trabajadores deben aceptar las condiciones de venta de su tiempo, dado que al no poseer medios de producción, no tiene poder de negociación. Es cierto que sólo el trabajo produce plusvalía y excedente y el capitalista debería valorar mucho al trabajador que le mantiene, pero no es menos cierto que la plusvalía es el único motivo para contratar obreros. La estructura interna de la empresa, que Marx llamó el “cuarto oscuro de la producción” está representada por una microeconomía planificada y con la división del trabajo, ese trabajo atomizado pierde sentido y perspectiva. Con el tiempo, se produce una cada vez mayor polarización de las clases sociales.

Eso es lo que se ha llamado la “**Gran Contradicción**” del sistema capitalista de Marx. Si sólo el trabajo produce plusvalía, entonces las industrias trabajo intensivas deberían tener más beneficios y no sustituir trabajo por capital. Para explicar por qué sucede esto, Marx plantea cinco leyes del capitalismo, o tendencias dadas por el cambio técnico. Para explicarlas, Marx introduce los siguientes conceptos: consideremos S la plusvalía, V el capital variable (el fondo de salarios de los clásicos y el valor de la fuerza de trabajo en Marx) y C el capital constante (la parte del capital que se transforma en medios de producción). El producto bruto del país es C+V+S; sin embargo, C no es parte del producto neto. Veamos entonces las siguientes relaciones:

Tasa de plusvalía = $\frac{S}{V}$; Composición orgánica del capital = $\frac{C}{V}$; Tasa de ganancia = $\frac{S}{C+V}$

El capitalista intenta maximizar la **tasa de plusvalía o de explotación**. Mide la proporción del valor generado por el trabajo y apropiada por el capitalista y puede considerarse más o menos constante en el largo plazo, aunque depende de factores como las innovaciones técnicas, el acceso a los alimentos y la mayor tendencia a la explotación en la sociedad. La composición orgánica del capital es el capital constante en relación al variable (también puede definirse como capital constante en relación al coste de producción). Gracias a él, podemos ver cuánto capital se invierte en elementos materiales y cuánto en factor humano. En técnicas de producción avanzadas, la magnitud de capital constante excederá al de las técnicas de producción arcaicas. La maquinaria moderna, además, puede hacer el trabajo de muchos obreros, por lo que la cantidad de capital variable es relativamente más baja. Así pues, la composición orgánica del capital mide la técnica productiva y el aumento de ésta es el avance tecnológico.

Con estas relaciones, Marx anticipó los modernos análisis de insumo producto buscando establecer relaciones cuantitativas entre sectores que permitiesen asegurar su continuidad en el tiempo, es decir, su reproducción. El aparato productivo requiere el suministro de medios de producción, y el conjunto de personas (asalariados o patrones) necesitan medios de vida. Imaginemos que los medios de producción son el resultado de la actividad de una gran fábrica llamada rama 1 y los medios de subsistencia resultan de la actividad de una gran granja, llamada rama 2. Para cada cual se tiene, respectivamente:

$$\text{valor1} = p1 + v1 + c1$$

$$\text{valor2} = p2 + v2 + c2$$

Los requisitos de medios de producción de toda la economía son $c1 + c2$ y su provisión se realiza con la producción de la rama 1, valor 1. Por tanto, $\text{valor1} = c1 + c2$. Los requerimientos de bienes de consumo para trabajadores y empresarios de ambas ramas totalizan $\text{Valor2} = v1 + p1 + v2 + p2$. Como en el *Tableau* de Quesnay, a esas escalas la economía puede continuar indefinidamente, sin aumento ni disminución, es decir, esa una “reproducción simple”, el estado estacionario clásico o crecimiento nulo. Por ejemplo, podría pensarse a los perceptores de $p1 + p2$ como una clase parasitaria que sustrae el producto neto con el fin único de realizar un consumo suntuario. En condiciones capitalistas, en cambio, en su versión más extrema los perceptores de $p1 + p2$ consumen cero y acumulan todo. Los asalariados que reciben un salario de subsistencia, consumen todo y ahorran cero. Marx así mismo observa la tendencia de estas variables en las siguientes leyes.

1. Ley de Acumulación y tasa decreciente de ganancia: En el capitalismo, las empresas necesitan abaratar continuamente sus bienes para sobrevenir la competencia. Para ello, introducen máquinas que les permite incluir el trabajo de mujeres y niños, a menor coste; y establecer un ritmo de trabajo *pari passu* al de la máquina, asegurando su eficiencia. Ello lleva a que se incremente la productividad y se reduzca el valor de los bienes, es decir, el trabajo necesario para reproducir la mano de obra (el capital variable a corto plazo). Ello incrementa la tasa de plusvalía, y esta mayor tasa de plusvalía se reinvierte en producir más máquinas. Es decir, se produce una batalla competitiva por abaratar los bienes ahorrando trabajo y reinvertiendo. Pero los intereses individuales de los capitalistas llevan a un efecto colectivo en que se incrementa la composición orgánica del capital, es decir, la relación entre la masa de los medios de producción y la fuerza de trabajo viva, y se reduce la plusvalía por el desplazamiento de la mano de obra por máquinas (aunque en el largo plazo la tasa de plusvalía pueda mantenerse constante por el menor precio de los bienes industriales). Así, la cada vez mayor capitalización de la economía reduce la tasa de ganancia media. Los capitalistas, pues, son víctimas de esta necesidad histórica. Individualmente, el capitalista intenta incrementar su beneficio, pero colectivamente la tasa de beneficio tiende a caer, como sucedía en el sistema clásico.

2. Ley de concentración creciente de la industria: Esta reducción constante de los precios hace que las grandes empresas sean las únicas que puedan soportar la competencia y que desaparezcan las pequeñas empresas, menos eficientes, generando una continua concentración de la industria. Así, frente a los economistas ortodoxos que hablan de la competencia perfecta, en Marx encontramos centralización del capital y de la ganancia y colusión entre empresas.

3. Ley del Ejército industrial de reserva creciente: Marx usa el símil del ejército industrial de reserva para representar a los trabajadores que están en la reserva para ser materia prima de las industrias, es decir, a los parados. El paro, según Marx, es “**paro tecnológico**” (por sustitución de trabajo por máquinas) o “**paro cíclico**” (por exceso de producción y concentración de la industria). Sin embargo, los marxistas también hablan de “**paro latente**” (trabajadores en la reserva en países subdesarrollados); y “**paro intermitente**” (el producido por las crisis). Así, frente a los clásicos que defendían la ley de Say y que el mercado de trabajo asigna los recursos a los usos sociales más beneficiosos, Marx dice que el sesgo de poder de los capitalistas hace del mercado un sistema de corrupción y explotación.

4. Ley de proletarización y miseria crecientes: Según Marx, los capitalistas que quieren compensar la reducción de la tasa de ganancia, intentan mantener la situación de poder a través del paro, que se nutre del incremento de la población, de los empresarios eliminados y de los trabajadores sustituidos por máquinas. De esta manera, cada vez hay más proletarios o gente que vive sólo de su trabajo y no posee medios de producción. Además, se mantienen los bajos salarios, el incremento de la jornada laboral y el trabajo de niños y mujeres (los actuales marxistas dicen que crece la **desigualdad relativa**). Así, frente a los economistas ortodoxos que consideran que en un sistema de competencia perfecta los factores de producción se ven retribuidos por la productividad marginal, para Marx la productividad del trabajador no tiene nada que ver con el valor de su fuerza de trabajo, que es lo que el capitalista se ve obligado a pagar al trabajador.

5. Ley de las crisis: Para Marx, la ley Turgot-Smith que postula que todo ahorro se invierte puede ser cierta. Pero ello no implica que no haya crisis. Las crisis están vinculadas con la desproporcionalidad entre los dos sectores en que Marx dividía la economía: el sector que produce los medios de producción (**sector I**), y el sector que produce bienes de consumo (**sector II**). Esta desproporcionalidad genera una **anarquía de producción** y la insuficiente demanda hace imposible realizar el valor de las mercancías en el mercado. De hecho, la inversión oscila constantemente debido a los incrementos y reducciones del salario: cuando crecen los salarios, los capitalistas sustituyen trabajo por capital, incrementando la inversión; cuando se reducen los salarios, pueden sustituir capital por trabajo, reduciéndose la inversión. En definitiva, las economías capitalistas sufren de sobreinversión y **sobreproducción** y de fluctuaciones dependiendo de los precios relativos de las empresas trabajo-intensivas respecto a las capital-intensivas. Para Marx, entonces, las crisis no son provocadas por un hecho externo, sino que son connaturales al capitalismo y a la acumulación.

Como consecuencia de todo ello, tenemos que la concentración de la riqueza hace que cada vez más quieran la desaparición del capitalismo y se rebelen contra él a través de la fuerza. Sin embargo, el capitalismo es una etapa necesaria para enseñar coordinación y planificación entre el artesanado (trabajo independiente individual) y el socialismo (trabajo independiente colectivo), en este caso basada en el trabajo dependiente colectivo. Las contradicciones internas (antítesis) del capitalismo (tesis) harán que se produzca una revolución social que llevará al florecimiento de un nuevo sistema (síntesis), que en algún momento se hará no contradictorio. Como decíamos antes, unas fuerzas incontrolables llevarán al hombre a la violencia.

De algún modo el propio futuro aliena al hombre, creando una ciencia “ahumana” dada por el cambio técnico.

Cómo sería ese sistema no contradictorio es algo que Marx deja que expliquen los “utópicos”. Marx sólo apela a una *praxis revolucionaria* para resolver las contradicciones que surgen en los modos de producción. De hecho, no tenemos que olvidar que, frente a los utópicos que se esforzaron por liberar a la política y la economía de la necesidad de Maquiavelo, Marx insiste en devolver la necesidad a la economía y a la política. Los utópicos luchaban por un cambio dando pistas de a dónde debíamos ir; Marx luchaba por un cambio aspirando a que la alienación se resolviera sola, porque no concebía un hombre permanentemente alienado. Queda al lector decidir quién era más utópico de los dos.

5.2.3. LOS CONTINUADORES DE MARX

En la última década de la vida de Marx, su teoría fue la base de importantes debates. El primero que tendremos en consideración es el debate sobre los **sindicatos**. A partir de 1870, el unionismo liberal (inglés y estadounidense) que buscaba la defensa del *insider* (trabajador) frente al *outsider* a la empresa (parado), va dando paso a dos nuevas tendencias sindicalistas:

1. El sindicalismo socialista alemán (y luego soviético): Su movimiento más fuerte es el que inauguran Bebel o Kautsky. Desde 1875, la fusión producida en el **Congreso de Gotha** entre lassallianos y marxistas asegura la preponderancia de este sindicalismo basado en dos principios: 1. El deber de los trabajadores de mantener la política alejada de los sindicatos. Se plantea una división del trabajo entre el Partido, que se esforzaba por conquistar el poder para transformar el régimen; y el movimiento sindical, que intentaba mejorar las condiciones de vida y crear una conciencia de clase. 2. La obligación moral de los obreros de afiliarse al partido socialista, único que podría establecer la condición política y económica del proletariado. El sindicato era visto con menosprecio e incluso se pensaba que podía sufrir desviaciones hacia los obreros mejor remunerados.

2. El sindicalismo revolucionario francés (y luego italiano o español): En 1831 y 1848, las revoluciones obreras francesas aspiraban a constituir talleres en pequeñas repúblicas autónomas y los sindicatos se agruparon en federaciones nacionales o locales. Pero con el tiempo, en Europa, los aspectos administrativos de la vida sindical fueron prevaleciendo sobre el instinto de revuelta. De hecho, los sindicatos revolucionarios franceses

ironizaban sobre “la enfermedad de la piedra” de la que estaban afectados los alemanes. Se intensificaba así una corriente proudhoniana del sindicalismo, basada, no en la acción colectiva, si no en la declaración de los derechos individuales del hombre. Este sindicalismo buscaba la destrucción del estado y del capitalismo a través de la **acción directa**, que son distintas maniobras de presión: el **boicot** (dejar de comprar al patrono), el **label** (comprar productos fabricados por el sindicato), el **sabotaje** (trabajar mal deliberadamente) y la **huelga general** (el verdadero instrumento de la revolución). En particular, en el **Congreso de Amiens** (1906) se establecen los principios fundamentales del sindicalismo revolucionario: 1. Debe eliminarse la política del sindicato, que se declara anti-sufragista. Es el sindicato el que intenta realizar la emancipación de los trabajadores sin pasar por el Partido. 2. El deber de no introducir sus opiniones en el sindicato, aunque se pueda participar, al margen del sindicato, en cualquier acción que corresponda a los conceptos filósofo-religiosos propios.

El segundo debate se da en torno al **revisiónismo**. A la muerte de Marx, Engels publicó gran parte de su obra y siguió haciendo interesantes apuntes sobre el materialismo histórico y el origen del Estado, participando activamente en la creación de la **Segunda Internacional** (1889) hasta su muerte en 1895. Durante ese periodo, surge un debate sobre el revisionismo, especialmente de la mano de Bernstein (1850-1932), Rosa Luxemburgo (1871-1919) y Kautsky (1854-1938). En particular, **Bernstein** revisó las predicciones de Marx poniendo en duda la inevitabilidad de una crisis y la tendencia a la proletarización de clases, dado el surgimiento de una nueva **clase media de asalariados de cuello blanco**; además, los sindicatos y cooperativas podían extender los derechos políticos sin una revolución violenta. Rosa Luxemburgo y Kautsky, sin embargo, combaten estas ideas, defendiendo la ortodoxia marxiana. Dicen que en la sociedad capitalista las crisis y la pauperización eran inevitables allí donde el estado o sindicatos no compensaran esa tendencia, de manera que el proletariado cada vez tendría una porción menor del producto nacional bruto. Ello era posible también gracias al empleo de mano de obra extranjera y la introducción de tecnología que incrementaba la productividad más que los salarios de modo que el obrero recibiría cada vez menor parte del producto de su trabajo.

El tercer debate se da en torno a las **crisis**. En particular, **Tugan-Baranovsky** dirá que la causa de las crisis es la desproporcionalidad entre los distintos sectores de producción. Sin embargo, **Kautsky** consideraba que las crisis se debían a la acumulación capitalista basada en la explotación. La conversión en nuevo valor del trabajo ajeno no retribuido hace imposible realizar la plusvalía debido al subconsumo. Rosa Luxemburgo incide en esa idea

considerando que la acumulación de capital y producción chocan con el insuficiente consumo y ello hace necesaria la existencia de mercados pre-capitalistas para mantener el estímulo a invertir de los capitalistas. El imperialismo es, pues una necesidad del capitalismo para sobrevivir. Sólo cuando todos los países fueran capitalistas, sobrevendría la crisis final. De todo ello, surgen tres **teorías de las crisis marxianas**: 1. Las que las basan en la desproporcionalidad en el curso de acumulación de capital y la anarquía de producción (Hilferding y Otto Bauer); 2. Las que las basan en el subconsumo y en la distribución desigual de la renta que provoca sobreproducción (Kautsky, Rosa Luxemburgo, Paul Baran y Sweezy); 3. Las que las basan en que el proceso de producción lleva a una reducción de la rentabilidad por un incremento del capital fijo y una reducción de la plusvalía (como Piero Sraffa en 1960 o más recientemente Skaikh).

El cuarto debate ronda, precisamente, en torno al **imperialismo**. Kautsky defiende el "**ultramperialismo**": tras el periodo de guerras imperialistas, muchos industriales a los que les interesa la paz se dividirían pacíficamente los mercados mundiales. El imperialismo no es más que un tipo de política dentro del capitalismo. Sin embargo, Lenin dirá que el imperialismo es una nueva etapa tras el capitalismo. Así, Bujarin cree que se había llegado a la etapa del "**superimperialismo**", donde los monopolios del Estado cooperan con los privados y con la banca y crean un capitalismo de Estado sin cambiar, sin embargo, el carácter mercantil de la economía ni abolir la lucha de clases. **Hilferding, Bujarin o Lenin** describieron la etapa del imperialismo como una economía basada en el **capital financiero**, es decir, en el sistema de crédito, que lleva a una concentración de la industria y la banca y a mayor exportación de capital. Eso para los países exportadores suaviza las crisis; pero para los importadores puede bloquear el desarrollo.

Tras la revolución Rusa, hubo una época poco fructífera teóricamente. Lenin defendió en su Nueva Economía Política la dictadura del proletariado y que "Todo el poder fuera a los soviets". Pero también eso llevó a un debate, dado que fue muy criticado por marxianos como Rosa Luxemburgo, que llamaba a la política de Lenin **ultracentralista** y defendía el espontaneísmo como toma del poder de abajo arriba. Posteriormente, Stalin pudo mantener en la URSS su estado burocrático y autoritario desde el congreso de 1923 y Mao en China y Ho Chi-Minh en Vietnam, así como la revolución cubana, siguieron el ejemplo de colectivización autocrática. De hecho, el marxismo ha tendido a defenderse en países no desarrollados a pesar de que no responde a ese marco, dado que suelen ser economías agrarias donde no se ha introducido el capitalismo y viven en una situación malthusiana con exceso de población.

Sin embargo, desde mediados del siglo XX, se ha producido un movimiento de renovación de las teorías de Marx en el **neomarxismo**. Con la denuncia de Khrushchev en 1956 de la dictadura personalista de Stalin, los neomarxistas denunciaron las matanzas que se habían hecho en nombre del marxismo. Nombres como **Lévy, Lefévre, Gramsci, Habermas o Lukács**, intentan volver al materialismo de Marx paliado con el recurso a la **creatividad**. Inciden en el concepto de alienación acentuando los aspectos éticos y artísticos. Proponen una **descentralización** total con una crítica subyacente a la propiedad privada y a la **manipulación** de las tecnologías gigantescas de las empresas y el Estado. En este sentido, encontramos la **Teoría Crítica o Escuela de Frankfurt**. En ella, Herbert Marcuse (1898-1979) defendía una utopía lúdica marxiano-freudiana y anarcosocialista. En *Eros y civilización* o en *Hombre unidimensional* critica el totalitarismo de la sociedad capitalista que crea un hombre fragmentado, sin interioridad, que necesita desesperadamente buscar la alteridad a través del juego y la participación en una realidad más allá de su propia subjetividad.

Por último, también participan de este movimiento las alternativas **autogestionarias**. La autogestión, como dicen Maire y Julliard, no es sólo una doctrina económica, si no la propuesta de intervención directa de los individuos y de los grupos en los terrenos donde se juega su propio destino. Se defiende que la sociedad no se divida en los que crean, dirigen y controlan y los demás a los que se les ha escamoteado toda posibilidad de dirección de su vida. Estas alternativas se retrotraen a experiencias aisladas, como la Comuna de París de 1871, los soviets de 1917, los consejos de fábrica italianos y húngaros de 1919-20, la experiencia autogestionaria de la guerra civil española, o el mayo del 68 y los movimientos de la izquierda autogestionaria francesa, para defender la posibilidad de una producción autogestionada. Igualmente, los **movimientos cooperativistas**, menos radicales pero no por ello menos beligerantes, surgen de estas ideas como tercera vía. Desde las cooperativas de trabajo de Rochdale (1884) donde se plantearon los principios cooperativos, o de Boimodu (1941), o el cooperativismo de consumidores de Charles Gide (1847-1932) o de Georges Fauquet (1883-1953), estos observan que en el capitalismo tanto como en el comunismo, el trabajo y el consumo se usan como medios. Por tanto, defienden las cooperativas de trabajo y de consumo: no sólo hay que abolir al empleador, también al intermediario entre el consumidor y el productor, que crea necesidades para alentar una demanda necesaria para mantener el capitalismo.

5.3. LOS HISTORICISTAS

- **5.3.1. DIVISIÓN DE HISTORICISMO**

Finalmente, veremos a los **historicistas** que, como Marx, dan un sentido a la historia distinto de la suma de las partes y plantean que las leyes económicas no son absolutas y permanentemente válidas. Por ejemplo, el **mercantilismo** pudo ser una doctrina positiva en el momento en que surgió porque, frente al universalismo y particularismo medieval, permitió el proceso de unificación nacional y posibilitó la prosperidad. Los historicistas constituyen una **crítica a la metodología** de los economistas clásicos. Para los historicistas, la historia depende de múltiples causas, no sólo económicas, también políticas, sociológicas o psicológicas. También son críticos de la doctrina de la historia en su sentido tradicional que, como los románticos del siglo XIX (véase el conservador Thomas Carlyle), supone que la historia es una lucha entre héroes y villanos, con sus guerras y sus conquistas.

Destacan dos tipos de escuelas dentro del historicismo: primero, el **historicismo alemán**, que en el siglo XIX critica la economía marxiana y se basa en las teorías de Friedrich List. Tiene importantes autores como Adam Müller, Wilhelm Roscher, Bruno Hildebrand, Karl Knies o Gustav Schmoller. En particular, esta tendencia se suele dividir en “**vieja**” **escuela**, menos radical, encabezada por Wilhem Roscher; y “**joven**” **escuela**, que se radicalizó cada vez más, encabezada por Gustav Schmoller. Se da en ocasiones a los historicistas alemanes el apelativo de “**socialistas de cátedra**” porque promovieron una “política social” para mejorar las condiciones de la clase trabajadora, un capitalismo popular en que los trabajadores obtuviesen un interés propietario en la industria. Sin embargo, en general eran conservadores que ensalzaban la obra de la nación y las políticas sociales del gobierno como patrono benévolo de los trabajadores. Pero también está el **historicismo inglés** que tiene más vigor en la economía neoclásica británica y el institucionalismo americano. Destacan autores como Richard Jones, Bagehot, Herbert Spencer, Auguste Comte y Cliffe Leslie.

Los historicistas tienen una aproximación **orgánica** y biológica a las ciencias sociales, basada en el método **estadístico**, en contraste con la visión individualista de los problemas filosóficos y sociales que presentaba la economía ortodoxa. En ocasiones se basan en la filosofía idealista de Dilthey, en otras en Hegel, con su espíritu que se despliega a sí mismo y en ocasiones en la jurisprudencia orgánica de Frederick Karl von Savigny, que enfatizaba que las leyes son la materialización del sentir de los pueblos.

- **5.3.2. LA ESCUELA HISTÓRICA ALEMANA**

- **Friedrich List (1789-1846)**

List quiso seguir el método histórico de Saint Simon como modo de criticar la situación política de la Alemania de su tiempo. Con ello, introduce el método comparativo entre etapas históricas. En su *Sistema de economía política* (1841) reacciona ante el cosmopolitismo, materialismo e individualismo que creía ver en Adam Smith y sus discípulos. Además, crítica que estos habían reducido a los mercantilistas a la identificación de metales preciosos con riqueza y a la política de balanza comercial favorable. Para List los mercantilistas acertaron, al menos, en tres principios:

Primero en que partían del concepto de **nación** como unidad y buscaban el interés de la nación. Frente a principios generales aplicables a todo tiempo y lugar, prefieren extraer enseñanzas de la historia de cada nación. Según List, el concepto de nación media entre los individuos y la humanidad. En la época de List, de hecho, la unidad política y económica que caracterizaba a parte de Europa estaba ausente en Alemania donde había 39 estados con aranceles entre ellos que impedían el intercambio. Sin embargo, los productos británicos entraban a precios bajos. En 1830 surgió en los estados alemanes un clamor general en pro de la unidad económica y de aranceles uniformes que llevó a la creación del **Zollverein**. Este clamor no era sino una continuación de las ideas del “**cameralismo**” o mercantilismo alemán, que pretendía mitigar el poder intermedio de los señores feudales en pro de un poder central. De hecho, como dice Heckscher, el mercantilismo tenía elementos liberales: el interés por los empresarios, la emancipación de la moral de la religión o la tendencia de poner la iniciativa privada al servicio de la política económica.

Segundo, los mercantilistas reconocen el valor de las **manufacturas** y su influencia sobre la industria, el comercio, la civilización y el poder nacional. Para el desarrollo económico, lo importante no es la riqueza, si no las **fuerzas productivas**, el poder producir riqueza. Como Marx, List concibe la industria como una fuerza social que crea y mejora por si misma el capital y trabajo. Genera la producción presente y confiere una dirección e impulso a la futura. No debemos sacrificar el futuro por el presente. Debemos asegurarnos la existencia futura.

Tercero, los mercantilistas eligen los medios justos para instituir industrias nacionales. List decía que una economía debe pasar por **5 etapas** sucesivas para alcanzar un estado maduro: 1. Etapa Bárbara 2. Etapa Pastoril 3. Etapa

Agrícola 4. Etapa Agrícola y manufacturera 5. Etapa Agrícola, manufacturera, comercial. Las tres primeras se superan más rápido con el librecambio; sin embargo, para superar las dos últimas, necesitamos protección. List da el argumento de la **industria infantil**. Tras la etapa agrícola, las importaciones baratas de los países desarrollados impedirán el desarrollo de las manufacturas domésticas, por lo que hay que proteger a la industria doméstica y dejar tiempo para que se desarrolle. Sin embargo, en la etapa final, el ideal vuelve a ser el libre cambio, que impide la indolencia.

- **Wilhelm Roscher (1817 - 1894)**

Roscher, con reminiscencias de la teoría de David Hume – y los antiguos -, quiso demostrar el **carácter cíclico** de la historia de modo que las naciones pasarían sucesivamente por periodos de juventud, madurez y decadencia. Sin embargo, frente al vicio ricardiano, Roscher afirmaba que no se pueden aislar los problemas en forma de modelos económicos: la economía no puede separarse de los demás fenómenos y debe estar sometida a la complejidad. En cualquier caso, mantuvo muchas líneas argumentales de la teoría económica clásica; por ejemplo, creía posible concluir verdades matemáticas de las ciencias sociales. Así, estudió las leyes relativas a un conjunto siempre cambiante de instituciones como son la esclavitud, la Iglesia, el lujo e incluso la población, basándose en el concepto de “necesidades”. Sin embargo, renuncia a una economía normativa y estudia lo que “ha sido y “como llegó a ser así” y a ello le suma fuentes históricas y estadísticas. Seguidores de Roscher son Karl Knies (1821-98) y Bruno Hildebrand (1812-78), aunque este último defiende frente a Roscher la linealidad de la historia.

- **Gustav Schmoller (1838-1917)**

Frente a Roscher, **Schmoller** era anti racionalista, influido por el movimiento romántico alemán, que destaca la importancia de la historia y geografía en las instituciones de cada país. Schmoller insiste en que no debemos deducir las reglas generales de la razón, como hace el “**liberalismo manchesteriano**”, sino registrar lo “único” en su infinita variación histórica, que está esencialmente determinada por causas materiales. Sin embargo, para Schmoller estas causas no producen consecuencias deterministas dado que los factores psicológicos, morales, políticos y sociales no son predecibles. Tan sólo cabe hacer un análisis probabilístico de su ocurrencia. Las leyes no son simples teorías explicativas, son una aproximación histórica y etnológica, una sociología del espíritu histórico. Por ejemplo, Schmoller analiza de nuevo el mercantilismo dentro las instituciones medievales como los gremios, el

desarrollo urbano... y dice que éste no era una política monetaria o comercial, sino una la total transformación de la sociedad y de las instituciones que genera, y sustituye, una política local y territorial por una nacional, rompiendo con los particularismos medievales. Esa política funcionó en las provincias italianas, en Holanda, Francia o en la Inglaterra de los Tudor, aunque Schmoller no está de acuerdo en que lo ventajoso para un país tenga que ser malo para otro. Los mercantilistas no creían, como los clásicos, en una armonía preestablecida, pero sí eran reformadores y buscaban la riqueza.

De hecho, Schmoller desecha la doctrina de la armonía natural. Es bien conocido el debate que libró con **Karl Menger** en ese sentido. Se trata de la *methodenstreit* o “batalla de los métodos” a la que subyacía distintas filosofías que debían impregnar las ciencias sociales. Menger defendía el método abstracto y deductivo. Se basaba en el individualismo metodológico para plantear un método atomístico en el que la utilidad general no fuera sino la suma de las utilidades individuales. Según Menger, el mercado logra armonizar las utilidades individuales a través de la mano invisible. Schmoller, sin embargo, cree que Menger olvidaba lo más importante, la historia, que es la que determina las preconcepciones individuales. Schmoller decía que existe una realidad intermedia entre los hombres que determinan sus usos y costumbres, sus gustos y preferencias. En 1883, a partir de un libro de Menger que Schmoller atacó en una reseña, surgieron réplicas y contraréplicas y una clara enemistad entre los partidarios de ambas posturas. La influencia de Schmoller en Alemania llevó a que el historicismo se impusiera en las cátedras alemanas; sin embargo, en las austríacas primó el método marginalista, que veremos en el siguiente capítulo.

• 5.3.2. HISTORICISTAS INGLESES E INSTITUCIONALISTAS

En Inglaterra, especialmente hasta 1848, hay una aceptación general del análisis Ricardiano. Sin embargo, en el siglo XIX surgió el historicismo británico como crítica a la economía clásica. Richard Jones, John K. Ingram, T. E. Cliffe-Leslie, Walter Bagehot o Arnold Toynbee se basaban en las teorías de Auguste Comte sobre el cambio social que camina hacia un final predecible, e intentaron respaldar la teoría con la estadística, acercando la economía a la sociología. En 1831, Jones, influido por sus lecturas de Bacon, criticaba el vicio ricardiano: los supuestos económicos deben estar determinados históricamente. Jones insistió en el carácter evolutivo de las economías nacionales. Igualmente, Bagehot afirmaba que la teoría económica clásica no era de aplicabilidad general y que, dadas las diferencias institucionales, no servía fuera de Inglaterra. Los supuestos de la teoría económica no se pueden verificar y además las teorías eran tan abstractas

que carecían de valor práctico. Sin embargo, en Norte América, la economía clásica y neoclásica nunca caló mucho. La *American Economic Association* (creada en 1886) siguió el pragmatismo para acomodar la economía a la realidad de los Estados Unidos y se basó en una rama del historicismo británico, el institucionalismo de Veblen.

Thorstein Veblen (1857-1929) hizo una crítica de la economía política basándose en Spencer y Darwin. Spencer vio la relación entre biología y evolución social mostrando que un organismo social crece, sus partes adquieren dependencia mutua, su vida es más larga que la de sus componentes. Así, en la economía, no hay atomismo de las empresas, sino monopolio, con una división del trabajo y mutua dependencia. Veblen tomó de Spencer su idea **evolucionismo cuasialeitario** y planteó una dinámica social que deduce sus datos de la historia (aunque fue crítico de Schmoller por haber usado la estadística como una simple acumulación de datos). Veblen buscó las leyes del desarrollo histórico obtenidas empíricamente y estudió la interrelación entre las estructuras institucionales y la teoría económica. Las instituciones sellan a los seres con **preconcepciones de tiempo y lugar**, que dependen del sistema tecnológico constantemente cambiante. Por tanto, el hombre no es un *homo oeconomicus* racional igual en todo momento, si no que la teoría se basa en el behaviorismo, en el instinto y en los hábitos. Los hombres son seres curiosos y creativos, no calculadoras racionales.

Respecto a la teoría de Marx, el institucionalismo de Veblen es más parecido que desemejante. Para Veblen, el final de la historia no es predecible y los distintos estadios históricos no son comparables; y critica la filosofía hegeliana que subyace a Marx y su subvaloración del movimiento sindical. Pero, según Veblen, también hay una gradación de instituciones. En particular, las instituciones son de dos tipos: las **tecnológicas** que son dinámicas; y las **ceremoniales** que son estáticas y dependen de las primeras. Las primeras son las que determinan las preconcepciones y generan progreso; las segundas impiden el progreso. Las primeras dependen de los productores o ingenieros que inventan tecnología barata y determinan las relaciones económicas y sociales basándose en el **instinto de trabajo eficaz y la curiosidad inútil**. Las segundas, obstruyen; son los empresarios u hombres de negocios que se mueven por el instinto de emulación y la mera autoconservación. Armados con sus derechos de propiedad, éstos boicotean la introducción de inventos, creando monopolios e incrementando los costes de producción para mantener altos los beneficios. En este sentido, Veblen anticipa la **teoría de la regulación** y critica la relación entre hombres de negocios y gobierno, que acuerdan proteger sus intereses a costa del público.

Y aunque no predice el fin de la historia, sí creía que sería una forma de socialismo en que se maximizara la producción, sin un sistema de precios.

En 1899, en *La teoría de la clase ociosa* (subtitulada “Un estudio económico de las instituciones”), Veblen explica que, al principio de la historia, la propiedad se adquiría por pillaje; con el tiempo, la adquisición “pasiva” se hizo más honorable y ésta se convirtió en la base convencional de la estimación social. El **rango** de una persona se determina por el hecho de acomodarse a los de un **grupo** inmediato de iguales y a uno inmediatamente superior. El hombre quiere obtener igual que sus semejantes y es agradable tener un poco más; pero cuando hace nuevas adquisiciones y se acostumbra a los nuevos niveles de riqueza, el nuevo nivel deja de ofrecer la satisfacción respecto al antiguo (por la **insaciabilidad** del consumo). Veblen hace un estudio de la práctica del consumo y, frente a los economistas neoclásicos, considera que la formación de los gustos es una parte esencial del proceso económico. En la lucha por el éxito pecuniario, el trabajo productivo es signo de debilidad y el ocio sin coste de fortaleza. Surge la **clase ociosa**. De hecho, es necesario un consumo elevado para mantener la demanda, lo que lleva a una sobreproducción. El **consumo ostensible** (por emulación con otros) derrocha bienes; el **ocio ostensible**, tiempo. En definitiva, el problema de la economía neoclásica es que no es crítica respecto del concepto de “**necesidad**”: no necesariamente una mayor cantidad de bienes es mejor que una menor cuando las necesidades son superfluas y se hacen a expensas de bienes sociales o con desequilibrio medioambiental. De hecho, la economía neoclásica ya ha introducido el concepto de “**bien Veblen**” al que le afecta su precio y su precio ostensible (lo que los otros creen que has pagado), lo que puede llevar a posibles curvas de demanda con pendiente positiva.

Veblen creó una importante escuela heterodoxa en Estados Unidos, con seguidores como John R. Commons, Wesley Mitchell, John M. Clark, Clarence Ayres y John Kenneth Galbraith. Pero el institucionalismo también ha influido en la ortodoxia a través del neo-institucionalismo. Sin embargo, estas dos escuelas tienen más diferencias que parecidos. El **neoinstitucionalismo** se basa en la teoría de Ronald H. Coase que predice que, en ausencia de **costes de transacción**, mientras los derechos de propiedad estén definidos, el mercado reasigna eficientemente los recursos. Así, cuando los costes de transacción son altos, las instituciones no de mercado pueden reducir costes. Por ejemplo, dice Coase, la empresa es una “isla de poder deliberado en un océano de cooperación inconsciente”. Con ello, Coase ofrece una metodología de estudio de la “**caja negra**” (empresa) que, aunque estudiada desde la economía de las organizaciones, era una anomalía para la teoría del mercado eficiente. Pero no plantea una crítica a la economía ortodoxa.

◆ RESUMEN

- Los utópicos de antes del siglo XIX eran racionalistas y creían que las instituciones no son expresión espontánea de las necesidades o ideales una sociedad, sino obstáculos al libre juego de la razón que oprimen a las masas. Apelaban a la reforma de estas instituciones para lograr una mayor suma de intereses individuales. Así, el poder puede hacer una identificación artificial de intereses para llegar a un mundo perfecto.
- Las utopías postrevolucionarias, sin embargo, denuncian como opresora la estructura de la revolución industrial e intentan lograr una Voluntad General, que no es la suma de las partes. Pretendían sustituir la competencia por un sistema de cooperación y control democrático de la economía.
- La mayoría de los utópicos se basan en el ambientalismo o conductismo, es decir, que un entorno social adecuado moldea a personas buenas, y el entorno degradado les lleva a ser antisociales. En este sentido, adjudican la responsabilidad del carácter individual a las instituciones y el entorno en vez de a la libertad personal.
- Los utópicos intentaban liberar a la política – y a la economía - de la necesidad de Maquiavelo. Sin embargo, los clásicos, incluido Karl Marx, insisten en reivindicar el reino de la necesidad. Marx contrastaba a estos utópicos con su “socialismo científico”, entendiendo como científico el estudio de las regularidades, y necesidades, de la naturaleza.
- Algunos socialistas utópicos proponen la abolición del Estado, como es el caso de Saint-Simon, que propone que el gobierno se reemplace por una administración de expertos que tomaría decisiones impersonalmente, el Parlamento industrial. Sin embargo, otros no creen necesaria esa desaparición. Por ejemplo, Fourier propone crear unos falansterios donde se haría vida y trabajo en común, pero que se someterían a una jerarquía hasta el “omniarca” que organizaría todos los falansterios.

- Muchos utópicos, como Owen, y marxistas no creen que la mecanización sea positiva dado que crea desempleo por el desplazamiento del trabajo por la máquina. Se basan en la teoría del valor trabajo y plantean que el trabajo dirigido a la producción de máquinas sólo se consume en el proceso de producción, pero no “crea su propia demanda”. Algunos proponen el intercambio de mercancías en proporción al trabajo incorporado.
- Sismondi fue el primero que habló del “proletariado”, trabajadores manuales a los que el sistema atribuye la función de asegurar con su “prole” la provisión de fuerza de trabajo. Posteriormente, Marx los define como “no poseedores de los medios de producción” y esta será la clase que “enterrará” el capitalismo.
- Los anarquistas tienen una concepción radical de libertad y, sin embargo, la libertad para ellos no es cualquier acción descontrolada. Sólo es libre la acción autocontrolada que, dado que debe enmarcarse en un contexto, tiene que basarse en la igualdad y en el reconocimiento de los iguales. Sin embargo, las ideas de igualdad son distintas en los anarquistas: Proudhon propone la “igualdad de oportunidades”, Bakunin la “igualdad de tratamiento” y Kropotkin la “igualdad de satisfacción”. Marx se decanta por esta última.
- Proudhon fue el primero que definió el concepto de plusvalía, es decir, que el capitalista paga por los esfuerzos individuales de los obreros pero se apropia del valor del esfuerzo colectivo, a pesar de no haber incorporado ningún trabajo a la producción.
- El concepto de alienación ha sido muy fructífero y muchos autores lo han utilizado desde distintas perspectivas. En general, puede definirse como el producto de la actividad del hombre que se separa de ella y la domina y no se reconoce en ella.
- Para Marx, las fuerzas productivas burguesas que producen el cambio técnico llevan insertas las condiciones materiales para resolver su propio antagonismo. Así, el hombre está alienado porque el comportamiento humano se ve guiado por fuerzas impersonales incontrolables.

- Marx plantea que el proceso capitalista seguiría cinco leyes: 1. Ley de Acumulación y tasa decreciente de ganancia, 2. Ley de concentración creciente de la industria, 3. Ley del Ejército industrial de reserva creciente; 4. Ley de proletarización y miseria crecientes, 5. Ley de las crisis. La concentración de la riqueza haría que cada vez más personas quisieran la desaparición del capitalismo y se rebelaran contra él. Sin embargo, el capitalismo (trabajo dependiente colectivo) es una etapa necesaria para enseñar coordinación y planificación entre el artesanado (trabajo independiente individual) y el socialismo (trabajo independiente colectivo).
- Desde la muerte de Marx, ha habido importantes debates dentro del marxismo, por ejemplo, el debate sobre el sindicalismo (división entre sindicalismo socialista y sindicalismo revolucionario), el debate sobre el revisionismo (de la mano de Bernstein, Rosa Luxemburgo y Kautsky); el debate sobre las crisis (Tugan-Baranovsky frente a Kautsky o Rosa Luxemburgo), el debate sobre el imperialismo (Kautsky defiende el “ultramperialismo”, Bujarin el “superimperialismo”), o el debate sobre el centralismo o espontaneísmo (Lenin frente a Rosa Luxemburgo). Tras la revolución Rusa, hubo una época poco fructífera teóricamente. Sin embargo, desde mediados del siglo XX, se ha producido un movimiento de renovación de las teorías de Marx en el neomarxismo y las alternativas autogestionarias.
- Muchos historicistas subrayan el carácter acumulativo y progresivo del cambio social e institucional y plantean la inevitabilidad del progreso debida a la acumulación física o intelectual. Además, las leyes económicas no son absolutas y permanentemente válidas. Por ejemplo, el mercantilismo pudo ser una doctrina positiva porque permitió el proceso de unificación nacional y posibilitó la prosperidad. Además, reconocía el valor de las manufacturas como fuerza productiva autónoma que, no sólo crea riqueza hoy, si no que crea y mejora por si misma el capital y trabajo y confiere una dirección e impulso a la producción futura.
- El institucionalismo americano de Veblen critica al *homo oeconomicus* y plantea una teoría behaviorista donde hay instituciones buenas (tecnológicas) y también instituciones malas o antisociales (ceremoniales). Veblen considera que la formación de los gustos es endógena al sistema económico y considera que el consumo elevado que no se basa en una “necesidad” derrocha bienes y tiempo. Frente a la economía ortodoxa, no siempre es mejor más que menos producción. El neoinstitucionalismo, sin embargo, no supone una crítica a la economía ortodoxa.

◆ REFERENCIAS

- Berzosa, Carlos y Santos, Manuel, 2000, *Los socialistas utópicos, Marx y sus discípulos*, Editorial Síntesis, Madrid.
- Harnecker, Marta, 1975, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, Madrid, Siglo XXI.
- Neus Campillo, 1992, *Razón y utopía en la sociedad industrial. Un estudio sobre Saint-Simon*, Universitat de València, Valencia.
- San Emeterio, Nieves, 2006, *Nueva economía institucional*, Síntesis Madrid.
- Seckler, David, 1977, *Thorstein Veblen y el institucionalismo americano*, México, Fondo de Cultura Económica
- Trincado, Estrella, 2009, *Crítica del utilitarismo. Utilidad frente a realidad presente*, Maia Ediciones, Madrid.